

MANUEL QUIROGA CLÉRIGO

SANTIAGO MONTOBBIO: “DIOS ESTÁ MUY SOLO”

LA POESÍA COMO FORMA DE VIDA

“Hoy no eres otra cosa que mi voz”, escribe Jorge Luis Borges en su trabajado poema dedicado “A un poeta sajón”.

Poco más podrían/podríamos decir quienes han/hemos abrazado este oficio, gratuito, de poetas. Y, sin embargo, esto ya es demasiado. Tal vez porque la poesía es algo que nace de la intimidad de los creadores y va a parar, precisamente, a la intimidad de los lectores. Por eso creemos que en el caso del escritor catalán Santiago Montobbio, para quien la poesía es una forma de vida, los miles y miles de versos que ha dado, y sigue dando, a la imprenta se nos antoja como un verdadero legado de inspiración perpetua y, al mismo tiempo, de ilusión no contenida. Por las páginas de sus poemarios transcurre la existencia con la fuerza del tesón y la responsabilidad de quien sabe, a ciencia cierta, que está constituyendo ese inmenso legado de palabras y afectos que pervivirán en todos los futuros.

En su función, drama o tragedia, dedicada a Villamediana, nombre con el que se conocía al poeta satírico Juan de Tassis, conocido por aquella frase célebre “son mis amores reales” por adjudicarse, él mismo, un romance con Isabel de Borbón, el filósofo de la imaginación Ignacio Gómez de Liaño (Siruela 2009) pone en boca del propio Villamediana, y dirigiéndose a la Reina, esposa de Felipe IV unas muy significativas palabras: “Hay poetas, señora, para los que los sueños no descansan hasta encontrar el camino de hacerse realidad”. Esta es la clave de la mayoría de creadores líricos, es decir, la intención de conseguir que los sueños se hagan realidad, al menos en los otros, y de ahí nacen sus versos, sus ideas, ese recorrido por la gramática y la vehemencia que están en la base de sus poemas.

“Hospital de inocentes” (Devenir, 1989) es un poemario de Santiago Montobbio que contiene versos escritos entre 1985 y 1987, es decir, algunos de antes de que su autor cumpliera los 20 años y cuando aún estudiaba último curso de Derecho y Filología Hispánica. Este libro contiene poemas ya publicados con anterioridad en la Revista de Occidente y que, curiosamente, ya demostraban una interesante capacidad creadora de Montobbio que refrendó en su siguiente poemario, “Ética confirmada o la vocación de la novela” (Devenir, 1990) con versos que datan de 1988, escrito al tiempo que su autor se dedicaba a la crítica literaria. “Escribimos lo que escribimos/lo que tiempo nos permite/y el corazón no deja...”, leemos en uno de los poemas.

”LA POESÍA ES UN FONDO DE AGUA MARINA”

Y ya tenemos aquí unos versos del poeta Montobbio contenidos en su libro, publicado en 2011, titulado **“La poesía es un fondo de agua marina”**: “El poema es erosión y pérdida./El poema es testimonio. El poema es testamento./El poema es de todos y es de nadie. El poema es siempre tuyo./El poema es corazón lleno de heridas muy abiertas./El poema es el retrato oscuro del olvido./El poema es lodo. El poema es todo. El poema es lirio y río. El poema es aire libre. El poema es un niño y un respiro. El poema tiembla como araña que la soledad desteje. El poema es alba/y es río (ya lo he dicho)y es latido. El sol del poema/también sabe del frío. El poema está siempre despierto, siempre herido. En el poema está/el corazón secreto del estío. El poema te vive y te persigue. El poema te escribe”. Son, realmente, versos que definen, al menos, el pensamiento lírico del Santiago Montobbio de casi una década atrás.

Bien, debemos indicar que Santiago Montobbio de Balanzó (Barcelona 1966) es Licenciado en Derecho y en Filología Hispánica por la Universidad de Barcelona y Profesor de la UNED. Su primera publicación como poeta tuvo lugar en la Revista de Occidente en el año 1988 y su primer libro, “Hospital de inocentes” vio la luz en 1989. Este libro, además, mereció el reconocimiento o elogiosas palabras espontáneas de ilustres escritores como Juan Carlos Onetti, Idea Vilariño, Ernesto Sabato, Miguel Delibes, Camilo José Cela, Carmen Martín Gaité, José Ángel Valente y otros destacados creadores. Todos ellos “destacaron la belleza, la fuerza y la hondura de esta poesía”. Por entonces ya había dado a la imprenta otros libros de poemas en España, Francia y México y había colaborado, como lo sigue haciendo, en importantes revistas y medios culturales de España, Europa y América.

Los seis libros de versos objeto de este comentario ha sido publicados en El Bardo/Colección de Poesía por Los Libros de la Frontera, editorial de interesante y prolongada trayectoria. El Bardo se inició justamente en marzo del año 1964 bajo la dirección de José Batlló siendo su primer título “La linterna sorda” de Gabriel Celaya. El primer libro, ahora comentado, de Montobbio, “La poesía es un fondo de agua marina” es, según la nota previa del autor, producto de su vuelta al mundo de los versos “después de veinte años de silencio”. Y así, tras esas definiciones del poema, donde termina escribiendo: “En el poema soy yo mismo. En el poema ardo, alumbro. Navego noche adentro. Naufrago, me consumo. En el poema vivo. Hacia ti en el poema me construyo”. ¡Cuidado, Félix Grande ya solicitaba “Protégeme, poema!””. Y tal vez esos del profesor Montobbio ejercen de protectores del propio autor. De lo contrario no escribiría, no habría escrito, esos miles de versos, ese horizonte abierto de palabras y deseos. Y aquí está la poesía emparentada con ese fondo de agua marina, aunque no abandone la idea, un tanto frágil, de ser un humano en medio de la eternidad. Por eso escribe: “El poeta tiembla en el misterio”, aunque con esa idea de fechar sus poemas que determinados editores y lectores no ven con buenos ojos, durante los meses de marzo y abril de 2009 va desgranando sus ideas y mostrando sus temores. “En este puerto todo está llovido:/los barcos, los viajeros, los abrazos,/los pañuelos, el tiempo despedido./En este puerto están/los que no volverán jamás/mi aquí ni a ningún sitio./Soy de este puerto. Presiento/su cercanía, su latido. Cada vez/más llovido y más andado en él,/este puerto y yo estamos/vacíos de destino” (13 marzo 2009). Poco después se expresa así: “No sé/si estoy es un sueño o un poema”, aunque a veces el sólo título o primer verso del poema es ya todo un poema, una declaración lírica de intenciones personales, tal vez las necesarias para incluir sus ideas en el ámbito literal

de un inspirado autor que va creando sus poemas con la valentía de escribir al borde lo cotidiano: “ESCRIBO SOBRE EL AIRE DEL OLVIDO”, “ME HAGO ASTILLAS EN EL CANTO”, “LA POESÍA ES TIERRA DE NADIE”: “es tierra libre”. En este libro es la poesía el objeto, el numen, de la escritura montobbiana, como si con ello quisiera no sólo justificar sino, sobre todo, insertar sus ideas en el ámbito de la inspiración cotidiana. Y es que cualquier motivo es suficiente para comparar los versos, por ejemplo, con la música: “Los poemas se anulan y celebran/extraños ritos en la música”.

“Me siento poeta esta mañana”, dice un personaje de la obra de Gómez de Liaño. Y María Kodama nos dijo: “Borges es poeta todo el tiempo”. Tales afirmaciones vienen a corroborar ese deseo, una veces permanente y otras ocasional, de transformar el mundo, las cuestiones cotidianas en poesía. Luego están las musas, el entorno que avisa al poeta de que algo se mueve y tiene que hablar de ello, de sus sensaciones, de sus vivencias. “Por ti. Por todo esto y también/por lo vivido/tengo que vivir o que decirme,/estar en la tierra aún, reunir palabras,/conjurar mañanas y con ellas penetrar en el tupido olvido/que late tras el imperturbable paso de los días./Vivir es también dar con el término preciso que hay en ellos./El poeta tiembla en el misterio”, escribe Montobbio.

Hay un afán del autor por visitar todos los instantes de la existencia, por reconocer el valor del arte o la incógnita de la eternidad. Así es como sus versos fluyen, se hacen extensos, comunican cuestiones cotidianas o temas excelsos: “El arte/es latido y espera. El arte/nos restituye”. O penetran en los procesos espacios de todas las geografías “(el mar es siempre libre)”, de todos los senderos. O avisan: “Si abandono la poesía, del hombre abdicó”, confiesa: “El amor me ha consumido..”, aclara: “El arte nos hace libres”, habla del orgullo de su ciudad: “Pero qué habrá/de Barcelona”. También enfatizan determinadas realidades: “La libertad y el mar son una música”, “La poesía siempre es sagrada y no podemos vulnerarla”, “La amistad es fuerza y verdad de la vida”. Sin embargo, en ocasiones, hace confesiones más directas, más personales, como cuando escribe: “Empecé con la luz/y la libertad y acabo, casi, con la Biblia”. No es usual que un escritor lleve a sus creaciones esas dosis de sinceridad y de brillantez personal porque, además, en este mundo de la prisa y la incertidumbre a casi nadie parece importar la intimidad del poeta. Montobbio, además, va más lejos y, en este mismo poema, confiesa: “Quiero compartir/el pan blanco ()y la íntima alegría”

Entiende Montobbio la poesía como un todo imprescindible, como una parte realmente habitable de la existencia. Lo asocia al mar, como buen barcelonés, ciudadano de un Mediterráneo memorable que hace suyo el intenso paisaje de las aguas azules y, con ello, también exclama, por ejemplo, que “Para un verdadero poeta, todo momento debería ser poético”, recordando al maestro Borges.

“La noche será negra y blanca como decía Gérard de Nerval” escribe Julio Cortázar y nuestro poeta, en un poema casi etéreo dice “Todo es noche”, Hay ahí un reconocimiento de la angustia vital, de la soledad por la que atraviesa el ser humano, esa aflicción permanente de que hablan Sartre y otros filósofos: “La vida es un silencio..”.

La gran mayoría de los poemas de Montobbio son cortos, concisos, brillantes, musicales, retenidos. A veces la pluma se desata para comentar extensamente una ocurrencia, una idea, una pasión como entre las páginas 55 y 60 del libro o el que comienza con “Una ventana sin cortinas...” genial relato de tantas cosas, el valor del

arte, la incursión de su padre en la guerra sin disparar un tiro, la vida en varias ciudades, los recuerdos: “La belleza es el único valor que importa” o el intitulado con un verso precioso: “El silencio abraza más que las palabras”. Y esos versos que hablan de perros, de mamás con niños y otras realidades “Porque un poema puede tener cualquier motivo”, según el autor y los recuerdos de otras épocas hasta llegar a reivindicar Barcelona, sin quererlo: “Tantas fuerzas, tantos impulsos, tanto olvido”. O esas confidencias acerca de Dios u otras ideas: “Escribir y el arte no son nunca un trabajo: sólo son un destino”. Así es como llegamos al poema que da título al libro y Montobbio se/lo reafirma: “La poesía es un fondo de agua marina” o a otro, imprescindible: “La vida empieza cada día”. Y los temores, la estela del dolor: “El hombre es una herida. Vivir es una herida”. Félix Grande se preguntaba: “¿Adónde ir cuando amanezca?”. Tal vez un solo verso (“Estoy encerrado en un amor...”), (“El mar es una infancia”) clarifica la realidad del mundo del poeta.

Nombres de creadores: Pavese, Foix, Borges, Gil-Albert, Foix,. Folch, Vinyoli, Tomás de Aquino, Grocio, Buñuel, Madrazo, Lorca, Dalí, Galdós recorren las páginas fervorosas, los momentos de la más lúcida poesía, ahí donde es posible el recuerdo y la meditación, donde, dice la poeta colombiana Angélica Hoyos Guzmán “Persiste la luz” porque esa claridad sigue iluminando la poesía, irrepetible, de Santiago Montobbio.

También, en este recorrido por la existencia, quedan anotados los recuerdos de ciudades que han supuesto, o merecido, una especial atención para el poeta: Barcelona (“La ciudad es también alma”), París, Roma. Venecia, Europa, El Ampurdán, “A Gerona le sienta bien la lluvia”), Sant Jordi Desvalls. Es mundo abierto a la presencia del verbo unigénito, a la música íntegra de la palabra sonora en que, como escribió Félix Grande “todo tiene nombre”. Como nos decía, al ser galardonado con el Premio Cervantes, Álvaro Mutis, Montobbio urge: “Escribe, escribe. Sólo/y con pasión escribe”. Fuentes, tierra, semillas, cofres que pueden guardar poemas (“La poesía es una brisa”), agua (“El agua es sólo una metáfora”), la existencia (“la vida tiene sus formas”), la vida familiar, los amigos de otros tiempos, los viajes al infinito, el recuerdo permanente de otros días, todo, teje una historia para ser recordada después de haberla vivido. “El poema avanza en línea recta...”. Hay un título, o inicio de poema, que nos parece precioso: “Los autobuses van hacia el olvido” con el recuerdo de aquel magnífico relato de John Steinbeck “El ómnibus perdido”, apasionante historia que nos retrotrae a la mejor novelística yanqui, igual que lo son las obras de otros insignes novelistas como el brigadista (aunque alcohólico) Ernest Hemingway, el William Faulkner de “En la ciudad” y la vida en Jefferson, fabulosa ciudad del imaginario condado de Yoknapatawpha. Precioso el poema “Las manos...”, “La soledad es una patria”, interesante el acercamiento a lo que ocurre en su ciudad: las cotorras de la Diagonal, una anciana, unos andamios, el camión de la lavandería, unas tórtolas libres, los paraísos de la infancia, las evocaciones de afectos y soledades. “Ser poeta es tener el alma el alma repleta de noche”, leemos y después “El poema es un misterio”. En ese misterio cabe la vida, esa “vida (que) puede siempre/precipitarnos a un abismo” aunque, de momento, sea sólo un inicio para seguir descubriendo todos los horizontes, más amplios, más perfectos (si es que ello es posible).

Surgen de continuo, y sin previo aviso, en el libro los familiares, las personas cercanas: los padres del autor, su hermana (cooperante en Nicaragua), su abuela (“Cuántos

cumpleaños, cuántas meriendas...”)... Ello, casi inadvertidamente, penetran de cuándo en cuándo en sus poemas, pero también Montobbio se dirige, a veces casi de incógnito, a una amada perfecta, a una amada tal vez irresistible y tal vez lejana, a una delicada musa íntima y, Dios lo quiera, permanente. (“Enamorado viento, eres/como el olvido”, escribió Jesús Hilario Tundidor), el poeta zamorano de la “Metapoética poética”.

Y ya en la última página, como una garantía de fervor poético, el poeta nos lleva a Gerona y a ese deseo de “encontrar y abrazar otra vez a Federico/en la imagen misma de su brillo”, aunque se mantenga la idea, la necesidad de recordar, que “La poesía es un fondo de agua marina”, resumen suficiente y elocuente de una poesía nítida, capaz de no excluir otros afectos, otros paisajes, otros dulces momentos de amor o regocijo, tal vez porque dice el propio Santiago Montobbio de Balanzó, “Pertenece a la poesía”.

Manuel Quiroga Clérigo,

San Vicente de la Barquera, 13 de enero de 2019. Llega una brisa húmeda desde la bahía.

“LOS SOLES POR LAS NOCHES ESPARCIDOS”

En fechas casi superpuestas a las del poemario anterior, es decir desde febrero hasta el 23 de abril de 2009, Santiago Montobbio se sigue dedicando, casi todas las horas del día a nuestro parecer, a unir versos, ideas, reflexiones, temores, afectos, vivencias en un libro que, con un verso del anterior, titula, precisamente **”Los soles por las noches esparcidos”** que viene a contener determinados versos que podrían haberse incluido en el anterior y que, aquí y ahora, conforman una obra igual de diferente que la anterior. Y es que, como escribió nuestro admirado Jesús Hilario Tundidor, “Honda es la vida y su promesa grave”, es decir que Montobbio tiene un plan y con ese plan organiza su vida, su idea de reflejar la existencia a través de esa promesa, en este caso lúcida, de hacer realidad sus indagaciones y su trabajo retirado y reiterado. No es necesario decir más, sí puede ser adecuado analizar esta obra que, enseguida, comenzará a ser monumental y que el autor la ofrece a sus lectores como un simple regalo, una invitación a penetrar en su intimidad. “Escribo sobre este acantilado de tu recuerdo o sobre el último mar de mi nostalgia”, es el título y el comienzo de este ejemplar de, ¿cuántas?, casi 350 páginas que, de manera firme, van a penetrar en ese ámbito quieto de una poesía delicada, elegante, amena, afectuosa. “Escribo hacia ti y con la sombra a cuestas, o escribo triste, o escribo libre y sin dirección precisa pero hacia la vida y hacia ti y hacia la única vida que eres tú para mí, una vida secreta y última, la más verdadera, la más honda, la más fresca. Escribo. Escribo de nuevo. Y no escribo igual, soy yo en eso, me miento y no te alcanzo y nada logro sino sufrimiento y sueños. Escribo sobre el ala rota de una gaviota y no estás tú. Escribo pero no escribo, porque no te alcanzo, ya te lo digo, no te cumplo aquí, en el papel, y por eso sólo el silencio reina o existe de veras, un silencio que te cubre y que me anega y sobre el que la vida se traspasa y en el que quizá podría decir que ya estoy muerto”. “Escribo hacia ti”: ¡que hermosa declaración de amor, de cercanía, de ilusión!. Y continúa en el segundo poema que, unido al anterior, se nos antoja una verdadera poética, una declaración perpetua de mantener la poesía y el

discurso afectuoso como parte de la labor del poeta: “Hacia tu amor soy otro y lo inundo todo”. En el ser humano confesándose ante la mujer y, también, ante la eternidad, ante ese cúmulo de días y de soledades cuando falta el amor o la concordia: “El amor es plena fruta...”, corrobora el poeta.

Enseguida aparece “El último amor (Tema con variaciones)” donde la lectura se hace intensa, extensa, lírica, melódica donde aparecen afirmaciones rotundas (“Silencio y sueño y años de amor perdidos otra vez”, “...aún callo y espero y te reconozco/y sé que viene la noche/en todo aliento...”, “Te he perdido bajo el río del olvido”, “...no has estado y no has venido...”, “...te he esperado y te he soñado/y te querido...”), afirmaciones que corroboran la belleza del amor y la rabia de la pérdida. Así que nada de reproches, nada de amarguras. El poeta se eleva por encima de un mundo que no comprende a los enamorados y que, casi siempre, ignora sus angustias. Claro que estas confesiones también se convierten en dolor, en hiel: “Sí: eras el último amor, el último sueño”, pero el amante, el poeta, el ser incluido en los resortes del abandono sigue en sus trece, enamorado, perpetuo perseguidor de conceptos o imágenes de la realidad, esto es, de ilusión. Enseguida Montobbio escribe: “Regreso de mí a mí/y me he perdido. Todo/ se ha roto sobre el olvido”.

Rebobinamos. Jesús Hilario Tundidor escribe: “Qué vano el nombre de poeta ahora...”. Y es que ante el amor, ante la desgracia, ante cuestiones tan inexorables como el futuro de oscuridad, el nombre de poeta resulta vano pero, a pesar de ello, su labor permanece, su indagación se torna perpetua, su vitalidad se duplica a cada paso: el ser humano se yergue como un gigante deseoso de remontar el pasado y de olvidar el olvido porque, dice el autor de este libro, “Sobre el amor más amor llama” donde pueden aparecer las lamentaciones, los versos, las quejas del mejor Pablo Neruda, del eterno enamorado que fue Lope de Vega, de Anne Sexton. “Olerás las mismas rosas/de mi amor...”, escribe María Luisa Mora Alameda. Cuando todo está perdido, aún, puede existir una luz, el inmenso retorno de la pasión ausente, aunque transparente. Claro que, dice el Villamediana de Gómez de Liaño, “Los amores están hechos de la sustancia de los sueños”. Y esos sueños en Montobbio no pasan pero se van modificando para caminar hacia los senderos de cierta conformidad, de esa especie de conformismo que permite a los enamorados sufrir al tiempo que recuerdan los detalles más limpios de su relación, y todo ello no le inhibe de vivir otras vidas, de esperar otras satisfacciones como algo capaz de permitir otras sensaciones y, con ellos, dirigirse, escribe el autor, hacia “Todos los caminos y todos los extravíos”.

Apenas hemos comenzado el libro y ya hemos dado un intenso recorrido en torno al tema del amor como una cuestión vital y queda, eso sí, cierta dosis que va a ir reapareciendo a lo largo de las siguientes páginas, de los siguientes versos. “Así pasa la vida. Así cruzan los trenes del olvido...”, leemos. Son esos “soles por las noches esparcidos”, esos rayos de claridad en medio de la negrura, la soledad y el abandono: “Soy el alba, la luna, la daga”. Y son también los momentos de recordar poemas dobles, angustias reales, opiniones sobre el arte y la memoria. “Dejad el arte y las palabras”. Con ello estamos, está el autor, comenzando una biografía, ese largo relato de una vida hecha de ciertas determinaciones, de hechos concretos, de palabras. “Soy última frontera de mí mismo”. Pero se inicia el viaje, los viajes, el buscar nuevos horizontes para la poesía, para la amistad, para los libros, como cuando uno de ellos va

hacia Nueva York y, entonces, surge de nuevo el arte como guía y estímulo para visitar el universo de más allá de los versos, de la gramática, de la soledad, o sea, todo aquello que hace posible el mundo de los demás para estar cerca de nuestro mundo, nuestra capacidad para el amor y al margen de las negras visiones del olvido.

Las páginas 116 a 119, ambas inclusive, contiene un discurso, una prosa poética en la cual Montobbio habla del dinero, de la libertad y de la poesía: “Así la vida me pasa en el corazón y me asalta la mirada y es poesía que vuelve y se desata”, resumen razonado de una manera de enfrentarse a la palabra, de reducir el mundo a ese discurso sobre los temas diversos, y profundos, del escritor: “...la poesía ya es un vendaval y lo inunda todo”. Enseguida, en un poema corto, recuerda: “Vuelve la poesía y la amistad perdura,/como una sombra fresca”, como si el poeta estuviera escribiendo esa carta que hace a los creadores más fácil la relación con el mundo, con los demás, con las experiencias, aunque ya Arcadio Pardo decía: “La poesía se basta a sí misma” y, con ello, surgen temas como el amor, el arte, la música, las imágenes capaces de superar las barreras de lo desconocido para despertar en el ánimo del sosegado poeta. “...no pueden abandonarse las palabras ni tampoco su reverso,/el silencio”, escribe Montobbio que, ya en lo particular, afirma: “Detrás de cada una de mis palabras está toda mi vida”. Punto.

“La vida cabe en dos poemas”, afirma un autor tan prolífico como el de este libro. Y, luego lo justifica al decir “En uno está la luz y en el otro la sombra”. Opiniones diversas se van acumulando en esos poemas, sobre la hermandad de las lenguas románicas, la esperanza, la soledad, el infierno (y quienes lo merecen), el arte de nuevo, la referencia al infierno valiéndose de una cita de Luis Rosales. Ordena y desordena Montobbio sus versos, sus libros, sus inspiraciones, sus recuerdos (como el del amor tal vez estancado) y con ello leemos otra vez: “...la poesía es un fondo de agua marina.()En este fondo me sucedo,/me hallo”. Y retornan los soles y las noches esparcidas, esa intrépida sucesión de claridad y oscuridades capaces de transformar el ánimo al poeta.

Nuevas páginas para un libro de notas, o trozos de un diario, como de hecho son estos poemas escritos un día sí y otros también, suenan a largo discurso, a declaraciones whitmanianas o esa larga sucesión de hechos y deseos que dejó reflejados Félix Grande en “Las rubáiyátas de Horacio Martín”, de memorable recordación. En el caso de Montobbio no interrumpe ese libro sino que sus versos con ya parte de sus memorias, “son” sus memorias ya que para él “Todo es poesía”. Vicente Blasco Ibáñez en su “Vuelta al mundo de un novelista”, además de describir paisajes, gentes, costumbres da noticia de sus ideas liberales, de su disidencia política y de su capacidad de crear un universo propio gracias a comentar lo que está cerca o le concierne. Es una manera de dejar constancia hábilmente de sus opiniones, de anotar circunstancias como al recordar a “un pordiosero que duerme” y vivencias que hagan pensar a sus lectores y conozcan su personalidad y su circunstancia, como decía Ortega y Gasset. Santiago Montobbio en su pretensión, casi negada por él mismo, de ir redactando las notas de un diario consigue, implícitamente, dejarlas clarificadas juntas en cada línea, en cada verso, en cada poema. Y esa libertad le convierte un creador elegante, capaz de superar su confesada timidez y seguir zigzagueando hacia el afecto de siempre: “Mi amor/era una canción”, yendo siempre al arte que convive con los sueños.

De repente el autor nos dice que “Una bruja vive dentro del bosque” y, con esta lírica referencia, nos retrotrae a los tiempos de la infancia, a los cuentos leídos tras la merienda, a ese mundo de infinita fantasía capaz de modificar todas las edades. Y esta capacidad de penetrar en otros mundos, de resucitar viejas historias, nos permite conocer a un poeta sencillo donde, sobre todo, la fantasía ha hecho mella. Tal vez la suya sea una estirpe de indagadores en la felicidad, de abandonados infantes que siguen buscando una explicación a los temas cercanos, que se preguntan qué hay detrás de una bruja o delante de un arco iris. Ello le hace más importante, más cercano: “Los niños necesitan una bruja.()Luego crecen y la olvidan”, recuerda en este hermoso poema.

Es curioso, no obstante, como Montobbio, que ejerce dignamente el gratuito oficio de poeta, a veces se preocupa por aclarar, por delimitar su propio trabajo, sobre todo en lo que se refiere a los largos textos de prosa poética. Con ello nos permite internarnos en su universo particular y, a la vez, vivirle desde dentro como si hubiéramos sido capaces de idearle nosotros mismos. Así que al dejar atrás su “nota al poema en agosto de 2012”, nos anima a indagar con más profundidad en su escritura y con ello a degustar esa poesía nítida, razonable, amena, compuesta de cientos y cientos de inspiraciones, de poemas, de versos, de palabras, miles de caracteres, de lágrimas, de búsquedas, de vivencias. Vivimos con él, en este caso, el inmenso territorio del Ampurdán que nos recuerda la obra de tantos catalanes ilustres y querríamos penetrar en los paisajes, seguramente idílicos, de Sant Jordi Desvalls como podrían ser de S’Agaró.

En algunos momentos el pájaro oscuro del pesimismo aparece en la poesía de Montobbio, como cuando escribe “La vida son paredes/que un día fueron blancas y ahora son prisiones/de tristeza y de nada”, aunque no es la tónica general del poemario pero sí parte de sus preocupaciones como persona y como ciudadano, al hablar de los peligros de las ciudades, de esas soledades, de esa soterrada violencia: (“...el infierno existe, está en nosotros y está en la vida...”). Por eso mismo, en un poema magnífico avisa: “Vigilad a los niños”, para evitar el peligro que les acecha a ellos y nos acecha a todos, cada día, a cada momento. Y páginas después leemos: “Un olor de pintura penetra el alma./Quizá alguien, en una bondad imprevista/e infinita, la ha dejado recién pintada” y aparece cierta preocupación social cuando deja escrito: “La tierra para quien la trabaja./La tierra para nada. Tierra y libertad.()La tierra no es de nadie o es de todos”. Y a continuación certifica: “La vida siempre es un regalo”. En otros versos reaparece la confianza en la palabra como vehículo para continuar adhiriéndose a la aventura de la vida: “La palabra es mi única patria” y lo hace de una manera elegante; la palabra, no el idioma, la capacidad de comunicarnos/comunicarse con los demás hombres y mujeres, con aquellos que están cerca o lejos, con quienes convive/convivimos a la hora de tomar el café, en “El cine en la tarde los domingos”. Cuando los temas diarios, lo cotidiano asalta al poeta éste habla de ello, lo comenta, la sufre, por ejemplo si llega la lluvia o si el día es gris y si, con ello, los árboles ofrecen un verde más brillante: “La lluvia fecunda el mundo/y nos los deja nuevo...”.

Alguien ha dicho que escribimos siempre el mismo poema, que mantenemos las mismas ideas. Así cuando un poeta habla del amor está repitiendo similares frases cercanas a las de cualquier enamorado, sea hombre o mujer. Y esa capacidad de escribir el mismo poema no puede considerarse plagio, sino clara expresión de esa labor creadora capaz de transmitir a los demás aquello que existe en el corazón del poema, en su capacidad

para escribir nuevos versos o iluminar nuevas situaciones. “Sólo el amor es una llama”, dice Montobbio y “El amor es la frontera de la noche”. Escribir el mismo poema significa mantener la misma idea, los deseos de libertad, la capacidad de vivir con decoro, el hecho de tener las mismas necesidades que el resto de los mortales bondadosos, la posibilidad de ver el arte como una forma de vida razonable, el saberse alejar de cuestiones negativas o de empresas disparatadas: “El arte es la libertad, la vida”, como ejemplo. Y en ocasiones todo eso se escribe desde un bar, mirando a los viandantes, recordando otra geografía, viviendo otros momentos robados a la propia existencia en el cine, en un concierto, atentos a la música, manteniendo viva “La tinta de la que manan las palabras. O se recuerda a otras gentes, a otras miserias como aquel “profesor de la vieja escuela, autoritario/y algo bestia”, parte de una historia de violencias, de maltratos, de sinrazones que todavía, hoy mismo, se recuerdan con pena y con rabia.

Cuando en un largo texto recuerda un conversación tenido con su hermano mientras caminan por el Paseo de Gracia, el poeta, pone sobre el tapete sus proyectos, sus desazones; se humaniza, analiza los recuerdos, vuelve a los tiempos idos para resucitarlos para hacerlos presente aunque, después admita, “La soledad me traspasa, me acompaña”. Y cuando comienza un poema con el último verso del anterior está creando una sensación de ligazón, de continuidad de su pensamiento lírico. Es lo que nos ofrece al escribir: “La lluvia no cesa de repiquetear en los cristales” para, además, mostrarnos su rostro ecologista, su personalidad de ciudadano preocupado por el medio ambiente, su especial disposición para recibir la lluvia y su acción benefactora para el planeta. Hay un verso en este poema que nos parece precioso, irrepetible desde luego: “La única patria del hombre es la mirada”. Cuando Montobbio habla de “Soles últimos...” nos está dibujando otra vez el propio título de este poemario, esos “soles por las noches esparcidos” como si quisiera mencionar la posibilidad de que la claridad del astro rey, de su capacidad de iluminar el planeta tierra, diera lugar a iluminar las noches, a evitar el drama de tanta oscuridad como soportar el ser humano. Y al mencionar, escuetamente, “Alma, alba”, está dando ánimo al hombre para un despertar diario enfrente a nuevos horizontes en los cuales sea posible la convivencia. “Ser es haber sido”, que nos recuerda a la línea poética del valenciano Rafael Soler, nos capacita para re-conocer nuestro propio pasado desde el cual, afortunadamente, hemos llegado a este presente y anhelamos construir nuestro futuro.

Así llega la confianza, la rememoración de lo que viejos papeles pueden traernos a la memoria, algo que se susurra a la persona cercana y que, por ello, cobra valor de intimidad: La amada (“tu amor es dura roca”) parece quedar siempre en un segundo plano pero nunca demasiado lejos, al menos en el pensamiento, en el deseo. “El pájaro es y a la libertad/acude...” a la vez que penetra en los versos de Santiago Montobbio y lo hace como vivificando el presente, sepultando los pasados, resistiendo ante la antigua soledad. “Tiene el mar su mecánica como el amor sus símbolos”, escribe Pere Gimferrer y nuestro poeta, sencillamente, sigue apostando por el arte, por la existencia y analiza su entorno, los símbolos que tiene más a mano como son los sus andanzas por la ciudad, la relación con los alumnos de la universidad, la agradable sensación de seguir siendo poeta en un mundo materialista y algo irracional. Por eso exclama: “La poesía es la mañana,/y la noche, y esa alba primera y clara/que en ellas se traspasa”.

Entre líneas hemos seguido teniendo presente el amor del poeta, su situación de amante, al menos, de la vida y, por ende, su personalidad de quien representa lo más fructífero de la existencia, ese apasionante afecto por la mujer amada, algo tan perdurable como los amaneceres que se suceden día tras día y que nos permiten confiar en nosotros mismos mientras no nos acose la enfermedad, la soledad o la violencia. Total que tras cientos y cientos de suspiros, después de esa torre de ensoñaciones sin haber dejado de ensayar la posibilidad de edificar nuevas historias el poeta vuelve a una intimidad de apasionado ser humano, incapaz de someterse a los planes de la angustia. “Todo se cierra/sobre sí mismo o se concluye, y yo/te espero y te quiero, y vivo como nombre/que en ese amor y esa espera es un encuentro”. Hemos llegado, con la inmensa música de la palabra al día 23 de abril de 2009. Y la vida sigue para el poeta, para la poesía, para quienes aman a la poesía, para quienes viven.

De todas formas nos quedaba algo por añadir: “...la poesía nos salva”, escribe Santiago Montobbio. Y “Yo no estaría vivo/si no hubiera escrito los poemas que he escrito”.

San Vicente de la Barquera, 14 de Enero de 2019.

“HASTA EL FINAL CAMINA EL CANTO”

Continúa Santiago Montobbio ofreciéndonos sus versos, ahora en un poemario titulado “Hasta el final camina el canto”. Efectivamente en los dos libros anteriores ha incluido 438 poemas y en esta nueva entrega tenemos los poemas numerados desde el 439 al 696, ambos inclusive, fechados entre el 31 de julio de 2009 y el 17 de agosto de 2009, lo que supone un trabajo intenso, una especial “necesidad” de lecturas e inspiración y, por supuesto, una dedicación sublime y muy eficiente del autor. Estos libros están constituyendo una tetralogía que se verá culminada con la publicación de “Sobre el cielo imposible” con poemas del 697 al 942.

Perdón: vamos a comenzar anotando unas palabras del poeta Félix Grande. “La poesía: esta vieja costumbre de los seres humanos que conocen la solemnidad de la vida y la testarudez del infortunio y que quieren compartir con sus contemporáneos ese doble conocimiento”. Y, abusando un poquito, recordemos lo que decía Antonio Machado: “Poesía, cosa cordial” y “Se canta lo que se pierde”. Así volvemos a la magna obra del barcelonés que ha visto sus versos traducidos “a un buen número de idiomas: inglés, francés, alemán, italiano, danés, portugués, rumano, albanés, holandés...”, Santiago Montobbio que en la página 145 escribe: “Todo es un desierto sobre el alma./Llueve la nada. Y mi amor no te alcanza./Con estos dos versos terminan mis palabras”. Bueno, eso no es cierto. La capacidad de este poeta es memorable, y de ello dará cuenta de nuevo la sosegada lectura de los versos de ese volumen. María Luisa Mora, la poeta de Yepes, doloridamente, dice: “Tengo dispuesto mi cuaderno a punto...”. Esa es la gran tarea de quienes, abnegadamente, mantiene jornada tras jornada, su afán de escribir su propia biografía con las grafías de la impaciencia.

Comienza el poemario con una nota a la edición, fechada en Barcelona el 30 de enero de 2014, aclarando como organizó sus versos y citando sus antecedentes de sus

inspirados textos además de comentar “la unión entre poesía tiempo que establece y siente Borges, y yo también así lo siento”, aportando aclaraciones sobre el conjunto de su obra y esa necesidad de fechar los poemas a fin de situarles en su exacto contexto, lo cual, decíamos, va configurando cada poema como parte de un extenso diario poético. Esta manera de escribir la han ensayado otros interesantes poetas como el jerezano José Manuel Caballero Bonald, fundamentalmente, en su libro titulado “Entreguerras”. De gran utilidad nos parecen las aclaraciones de Montobbio, sobre todo cuando con este tercer poemario va remontando la idea de su autor de constituir una tetralogía, una especie de poética uniforme o similar, que culminará con la edición del siguiente poemario, titulado “Sobre el cielo imposible”.

“No hay casi biografía” afirma el poeta barcelonés en el primer poema en el cual da cuenta de su actitud ante la literatura que dice haberla vivido “hacia dentro” declarando, como lo hizo Jaime Gil de Biedma en sus confesiones contenidas en “Vida del artista hacia 1956” partiendo, como decía el noctámbulo de Manila, de “una experiencia particular”. En este caso Montobbio aclara: “jamás fui a tertulia/literaria alguna, ni tuve/amigos escritores, o conocidos, ni hice/ni nunca quise hacer/vida literaria, prefigurándola, aun antes/de probarla, como esclavitud y como espanto,/ritual absurdo de soberbia, navajazos,/burlas, desprecios, falsedades y heridas/sin sentido”, todo le configura como un creador nato, como ese escritor ante la página blanca recluido en esa soledad no amenazada de su escritorio, ajeno a modas y modos y preocupado, únicamente, por cuenta de sus ideas, de su recorrido vital, de su pasión por el arte y la existencia.

Nos esperan 351 páginas de intenciones, de verbo cálido, de rememoraciones, de vivencias. Vamos. Títulos de poemas, títulos, suspiros, aportaciones a ese mundo exterior en el que también existe poesía: “Las sombras se persiguen por los años”, “Tengo la noche entre las manos”, “Más allá de un mar que nadie espera”, “El pájaro es trino y es respiro”, “La noche por el silbo acariciada”... son parte de todo ese conglomerado lírico con los contenidos de la razón y la vehemencia que, seguramente, escribía, como decía Max Aub en su “Fábula verde” mientras “La calma cubría el mundo como una tapadera”. Luego nos sorprenden nuevos versos que pueden ser de cercanía, o de insinuación: “Por el alba, por el amor, por el sueño/que hacia tu amor como alba aliento”, versos que animan a compartir, a con-vivir: “Así como esa luz/tiendo mis manos. Así/te las entrego. Todo/es un epitafio en este amor/que crece en el alba y es lucero”. Más cerca de Romeo y Julieta que del mundo pervertido de la violencia, la intransigencia o la negación, la poética amorosa de Montobbio escala cimas cuando, sin apenas pretenderlo, se dirige a la musa, a la amada, a la protagonista del universo de las intimidades que todo ser humano desea disfrutar.

“No tengo fronteras. Soy de la noche”, leemos luego. Son versos nítidos, confesiones coherentes de un poeta de la vida sencilla, de esa posible vitalidad que da la falta de compañía, a veces elegida como posibilidad de encuentro con las ideas propias o el mundo de un entorno apetecido. Por eso, tal vez, el poeta solicita: “El amor me salve, aun/siendo terrible”. Y continúa con su efervescencia sentimental al anotar “Todo me lleva a ti y a ningún sitio./Soy un pájaro herido, un silbo vulnerado”, con ese guiño a Miguel Hernández y un no expresado lema como sería el “compartir la existencia”.

Sus versos, como en los tomos anteriores, siguen siendo libres, blancos, musicales, delicados. Y en ellos se unen deseos y realidades, cuestiones personales y temas de un mundo a la deriva: “El tren del olvido pasa raudo().Y el olvido avanza a paso largo...”. Sin embargo no parece real ese olvido, los afectos suelen quedarse dentro del corazón, a ellos nos les afecta nada salvo el temor de la lejanía y la negatividad de la ausencia. Por eso el poeta interroga, no a un espejo, posiblemente a la destinataria de una pasión, a la propietaria de un amor (correspondido o no) o a sí mismo, como parte de ese entramado afectivo diciendo: “Pero tú preguntas por luz, por vida, por amor./Y la noche no responde. Sólo te cerca./De qué terrible naturaleza eres la presa”.

El poeta nos quiere llevar hasta ese final en que “camina el canto” mientras afirma: “La noche me recorre. Soy un tren/que en ella se pierde” cuando el olvido asalta de nuevo y todo se acomoda a sus interrogantes “¿Adónde llego? ¿Adónde vuelo?” de lo que se desprende un temblor, cierta violencia que, desde luego, podría ser ese “firmamento de misterios”. Luego surgen los miedos de la noche, la amenaza y un breve, pero sustancioso poema: “Una vida desdichada, se mire/como se mire, y partida, como/por una zanja. Una vida desdichada y partida/y el arte que retrata, que la nombra./Es la escena, la vida que entre las manos/tengo y en mí alienta. No tuve/elección mi otro destino. Pero amor/siento y espero. En amor las palabras fundo. Y con ellas atravieso el mundo”. “¿Qué tengo yo, Señor, que mi amistad procuras?/¿Qué interés se te sigue, Jesús mío/que, a mis puertas cubiertas de rocío/pasas las noches del invierno oscuras?” se preguntaba Lope de Vega. La búsqueda, el deseo de cercanía, siguen cerca. Montobbio hace todo suyo y, tras poemas de índole diversa (“El verano me da la mano, sobre esta nada”)reincide en la temática de la pasión amorosa: “Terrible es el amor cuando calcina/como desierto que no canta” como si existiera un sufrimiento latente que otras cuestiones no son capaces de postergar, (. tu amor sólo es un hueco/en las tierras que el corazón ha perdido”), para llegar a un poema minimalista que, simplemente dice “La noche se aleja y es verano./No me digas adiós. Dame la mano” que nos recuerda la efervescencia de determinadas películas románticas como “¿Le gusta Brahms?”.

Este libro que, efectivamente, nos parece una aportación fundamental a la poesía como nos parecen las obras de José Ángel Valente, el tan citado Tundidor, Olvido García Valdés, Félix Grande, Antonio Colinas...mantiene la claridad del pensamiento como algo necesario para penetrar en la esencia de sus versos que, en otras ocasiones, se convierten en algo farragoso e inútil. Describir la estancia en un café, la vista de una playa, la efusión elegante de un amor no son tareas fáciles. Montobbio lo sigue consiguiendo en estos cientos y cientos de versos capaces de instaurar una manera de hacer poesía que Félix Grande llevó a cabo en libros como “Blanco spirituals”.

Cuando encontramos un largo poema nos sumergimos enseguida en su historia, en su relato lírico, con la intuición de hallar versos espléndidos que justifiquen tanta detenida lectura. No es fácil concitar el interés del lector si el poeta está hablando de su entorno, de los problemas que pueden acuciar a una familia, de la problemática de la vida diaria. “La primera noche del verano..” se nos antoja un especial relato contenido en el poema extenso donde la familia está reunida, S’ Agaró recuerda otros tiempos felices y el hermano del poeta relata la vida y algo de la historia de Albania y lo hace como si

estuviera escribiendo un guión cinematográfico o enviando un reportaje a una revista de viajes o de política internacional. Sale a relucir la situación del país de Enver Hoxa donde nada fue nunca fácil ni lo sigue siendo, ni siquiera ese patrocinio de los kosovares que fueron abandonando el país para “colonizar” la nación cercana, precisamente los lugares en que se fundó la patria, precisamente Pristina, Pritzen y otras ciudades hoy (casi) desgajadas de Serbia gracias a la OTAN. La cita de Kadaré como factor intelectual de Albania y como vínculo con la Europa que les sigue dando la espalda es todo un hallazgo porque, leemos, “Albania no tenía historia y él se la ha dado”. Este poema demuestra, además, la versatilidad de un escritor como Santiago Montobbio, aquí detenido poeta pero sabio intérprete y narrador de las historias del mundo.

“Todo es un desierto sobre el alma./Llueve la nada. Y mi amor no te alcanza” leemos otra vez antes de sumergirnos en el olvido, traernos el recuerdo de los versos lopescos para penetrar en el mundo de la fe de una manera sencilla: ”...a veces/para nosotros Dios está perdido...” sin que esa anotación pueda llegar a ser una negación de la divinidad o un recorrido por la angustia.

Ahora detengamos en un excelso poema, página 154, donde “Los poemas avanzan en la noche, se adentran/en el reino de las sombras y tampoco/ninguna noticia llevan, sólo esa noche/y esa sombra auscultan, y a través de ellas toman/el pulso secreto de la vida”. El poeta penetra en el espacio de la filosofía, permite que el verso sea parte de todas las indagaciones y con ello se acerca al hombre como-ser-para-la-muerte de que hablaba Jean Paul Sartre. Y lo hace porque confía, sigue confiando, que los demás comprendan su propia desazón, esa incapacidad de cada uno de nosotros para llegar a comprender, por ejemplo, que “Los poemas son sucesiones de difuntos, porque del hombre/son despojos, vida encerrada en ellos...”. No es extraño que en ese camino hacia el canto aparezca “El amor triste y despedido”, aunque sepamos, ya más confiadamente, que “El amor te espera”. También lo dice la poeta colombiana Angélica Hoyos Guzmán: “El mundo se detiene para todos fuera,/menos para el amor”.

“Llego al final de mi mismo/y lindo con la nada” escribe el autor de todos estos versos, brillantes, clarificadores, intensos. Pero, tranquilos, líneas más abajo, nos confía: “En las palabras/siempre hay una esperanza” y advierte que se encuentra cerca de “El poema que termina donde empieza”, lo cual viene a confirmar su capacidad para transformar en poesía el mundo de lo irracional y, aunque lo disimule, justo al principio de ese itinerario de pensamientos y deseos que todo poeta bien nacido desea llevar a cabo desde cualquier amanecer y hasta la siguiente madrugada. Si una “hermana llama desde América” o afirma que “La noche también es un reposo” es porque de una manera algo melancólica “El poeta se despierta. Y está en la tierra”. Y la tierra es ese lugar donde existe la polución, la carestía de los precios, las guerras pero también, y sobre todo lo demás, el amor: “Te pienso, te sueño./Pero no te alcanzo. El amor,/como vivir, es un trabajo”. Claro que también existen los sueños, la soledad, la patria, otras geografías. Muy recomendable el poema que habla de Sicilia, pues nos permitirá recorrer el Mediterráneo de los dioses, y aposentarnos en esa bella isla, ahora devastada por las construcciones ilegales, donde la historia y el arte se dan la mano. Cuando se habla de “Cataluña. Antigua patria” sobresale el amor a lo propio, la conmemoración de paseos, monumentos, vidas intensas, rincones de la memoria: “No quiero hacer un mapa ni un

poema”, escribe Montobbio cuando luego se refiere, también, a “La patria del aire y la mañana”, denominación romántica de lo más íntimo de nosotros mismos. Siendo cada poema una vivencia, una leyenda, en ocasiones otros aparecen como un fogonazo, un grito: “En el arte se lava el alma./El hombre también es lluvia y canta./El final del tiempo encuentra,/y la soledad traspasa. Como alba./En este poema el silencio baile”.

Regresan S’Agaró, la luna, el destino, la noche, el cielo, la lluvia. ¡Alto!: “Una mujer siempre está orgullosa de su padre”, leemos, y aparece Virginia Woolf, la que deseaba una habitación propia y es precisamente ahora cuando todo el mundo se estremece ante los continuos ultrajes, violencia y asesinatos de las féminas en lo que el papanatismo nacional denomina “violencia de género” mientras que gobiernos, autoridades e incluso ciudadanos miran a otro lado cuando la realidad se convierte en tragedia. Pero también esa tragedia es parte de la existencia, del inmenso laberinto en que penetra el ser humano nada más ser separado del cordón umbilical, como si ya, desde entonces, fuera parte de todos los mundos, los benéficos y los dramáticos, siempre camino del terrible final, tras pasar por goces y penurias.

“Adiós a la poesía. Adiós a la vida. (El hombre es adiós, pura despedida./Adioses es siempre la vida” escribe Montobbio cuando avanza, avanzamos, hasta ese final (hacia donde) camina el canto. Metáforas sobre la existencia, parábolas en torno a lo extraño que es vivir, como dijo Carmen Martín Gaité, miedo a la soledad, recuerdos de Portugal (“El sueño de Pessoa que vuelve entre sus máscaras”), todo un cúmulo de reflexiones, de comentarios, de vivencias se van alterando en el inmenso territorio de una poesía nítida, lúcida, acariciada por la ternura de los paisajes y por la prisa de las rememoraciones. “Todo es alba, o alma/que la noche alcanza”. Pero (casi) siempre es la noche, cierta angustia, lo que asalta al poeta como al escribir ese poema que “como la noche, me asalta y adivina” o que “es una selva”. En el momento en que “El mundo sucede en los poemas” el autor se hace cómplice de su propio destino al ser el primer transmisor de pensamientos en los que los demás habitan la esperanza.

Regresa la pasión: “Te nombro y te recuerdo, y también/ así te pierdo. Porque en el verso/no te encuentro. En él mi amor no tiene puerto, es sólo viento/que en los caminos aúlla huérfano/como un barco o como un perro/que saben que en la oscuridad/ya no tendrán regreso. Como/este verso”. En este tipo de poemas hay una musa invisible pero cercana, una “amada inmóvil” que diría Amado Nervo. Y el poeta escribe a la amada, aunque se guarde las caras, seguramente porque contienen “Tantos poemas de amor desesperado” o recuerda “Tu amor es ya del viento. Y el viento es una suite/de poemas...”. Vamos prolongando la andadura, incluso descansando en las laderas del camino, pero siempre con afirmaciones concretas: ”Te sueño, te pierdo, te regreso/al silencio herido...”. Pero, en un momento dado queda al margen la confiada pasión y vuelve, como en el poema sobre Mario Benedetti a asomarse a la existencia, pues trata de literatura, de escritores, tanto de Benedetti como de Idea Vilariño, habla de libros propios y ajenos, haciéndolo como quien comenta un libro o da una conferencia literaria donde surgen precisamente cuestiones familiares, una operación, la relación entre hermanos o el tiempo que pasa velozmente con una clara moraleja, o bello resumen de lo escrito, al dejar dicho que “Importa/la alegría de escribir, la fruición que hay/en ese modo de estar vivo”. Otra muestra de amor se avecina: “Digo tu nombre y gira la tierra./Mi amor no necesita más poema” y, además, advierte: “Los poemas por la noche

no descansan:/en su profundidad trabajan, en su oscuridad/más honda, y en soledad/cuyos pilares se asientan”.

¿Y qué decir de otras cuestiones?. Pues, por ejemplo, “El silencio trabaja y la soledad araña”, opinión que nos sitúa ante un mundo desorientado donde el hombre vive sólo, sin nadie, su propia intimidad en la cual se encierra sin más posibilidad que la elevarse por encima de su falta de compañía para llegar a convertirse necesariamente en un ser social.

Tanto mundo, tantos versos, tanta vida hay en los versos de Santiago Montobbio que el viaje, el recorrido hacia la realidad, hacia el canto se hace razonable, remarcando la necesidad del amor, el apoyo de los cercanos, el valor de la palabra: “No vuelven las sombras. Con los días y los poemas/se van y vienen otras./Son también sombras/pero otras. La música de las palabras/las retrata, y se suceden como un río/cuya agua es una soledad en la que canta.

Llegamos al final de este nuevo poemario, esta colección de versos y de susurros con los cuales Santiago Montobbio sigue hablando del amor, de la existencia y de todo aquello que está cerca del ser humano y forma parte de su propio devenir como persona, como amante, como integrante de una sociedad, como miembro de una familia y de una cultura.

San Vicente de la Barquera, 15 de Enero de 2019.

“SOBRE EL CIELO IMPOSIBLE”

“¿Cuándo silencio de mar allá arriba!”, escribe Jorge Guillén y Santiago Montobbio explica en unas suculentas notas preliminares al cuarto libro de su tetralogía “Sobre el cielo imposible”: “¿Adónde iré que no tiemble?. Sobre el cielo imposible. Que es quizá el cielo que de verdad hay para la poesía...”.

La tetralogía la componen los libros ya comentados, “La poesía es un fondo de agua marina”, “Los soles por las noches esparcidos”, “Hasta el final camina el canto” y el que comenzamos a diseccionar titulado “Sobre el cielo imposible” donde, efectivamente el mundo gira alrededor de una reflexión lúcida y, aunque a veces parece dirigirse a una musa cercana, lleva su amplia inspiración hacia los terrenos de la belleza, la convivencia real con los seres que habitan el planeta y alguna delicada protagonista que permanece en el ámbito mental del deseo, además de los mundos cotidianos del poeta, las referencias familiares y las cercanías a otros poetas que, de una u otra manera, hacen posible su inserción en el universo de una poesía lúcida y, siempre, amable... “El alma vuelve al cuerpo”, escribía Jorge Guillén en uno de sus versos llenos de primavera.

Con este libro se culminan los 942 poemas, miles y miles de versos, escritos en dos momentos de su vida y fechados en varios años, sin duda, fructíferos para la pluma de su autor. “¿Adónde va la poesía, y esta poesía?. ¿Adónde va el amor cuando se olvida?, preguntaba Cernuda y ahora yo pregunto-escribe Montobbio- y me pregunto ¿Adónde va la poesía cuando ya se ha escrito, y también cuando se escribe?. Adónde va, y dónde está. Parece que se escribe sobre el cielo imposible, un cielo que es cielo y es imposible y puede recordar- ahora que lo pienso- aquellos versos de uno de los Argensola que se

citan como ejemplo de lo que es el barroco y la presencia en él del engaño: “Porque ese cielo azul que todos vemos/ni es cielo ni es azul”.

Y ya tenemos un resumen de su propia obra aunque Santiago Montobbio de Balanzó, poeta barcelonés Licenciado en Derecho y Filología Hispánica y Profesor de la UNED, es un poeta de, generalmente, verso libre que asciende en cada poema a los espacios de la más inspirada indagación lírica. Y lo hace con la gramática de la metáfora y la musicalidad de una poesía brillante y vitalista. De ahí nace, nación, su capacidad para hacer de cualquier momento de su devenir humano uno, el más adecuado, para convertir su diario existencial en interesantes poemarios como los ya mencionados y los que publicó con posterioridad, de los que luego daremos cuenta y todos ellos aparecidos en *El Bardo*, Colección de Poesía. “Decir que esta poesía se cierra y se escribe sobre el cielo imposible es decir también- ahora pienso- que para todos es y para todos está escrita, y para todos y como horizonte quiero y siento éste último de sus títulos “Sobre el cielo imposible”, el que es más posible y del todo, únicamente para ti, como tú lo quieras y lo sientas”, escribe al final de su nota preliminar Montobbio en una idílica nota a determinada musa y como, más eficaz, recomendación para la lectura de estas nuevas 363 páginas con versos escritos, exactamente, entre el 18 de agosto de 2009 y el 6 de enero de 2010, como si desde el verano lleno de mar y de fantasías hasta el día de Reyes, repleto de fantasías y cielos imposibles, la vida hubiera permitido a su autor dedicarse a lo que más desea, además de su profesión y sus paseos por la idílica ciudad de Barcelona, o sea, escribir versos elegantes y referirse a sí mismo como el autor de un dilatado diario que, a la vez, es biografía y refugio en este universo de caos, contaminación, torpezas políticas y el desorden emocional de las grandes ciudades a que se refiere el novelista Jesús Ferrero en su novela, “Las abismales”, considerada una reflexión sobre el mido y galardonada con el Premio Café Gijón de Novela 2018.

·Río. Frío. Brío. El poema empieza/tanteando su sentido”, anota Montobbio y, enseguida, aunque, ya decimos, este poemario no esté dedicado expreso al tema sentimental escribe: “Como tu amor. Como el mundo, o la lluvia,/o la tristeza. Así vuelvo en cada verso, y soy ejército de adioses o de besos/escondidos en la noche, en tu cuerpo/al que en el sueño regreso, como un viento/o como un barco, un recuerdo en el que/libre aún navego, y lleno/de estrellas su desierto. Dame la mano,/y el alma, y un abrazo. Dame estío//cuando canta el frío, y te prometo/ser puerto y andén y camino/donde jamás tengas olvido”, poema que, ya, es una declaración de intenciones de los versos que han de ocupar este nuevo volumen de palabras, sueños y cielos, o cielo imposible. Pero si Ferrero habla en su largo relato del contraste entre la ciudad ociosa y la realidad de un mundo abierto a los buenos sentimientos, el poeta Montobbio va a indagar sobre su propio trabajo, autoincentivado para mantener en alto la facultad de vivir alrededor de la poesía y los afectos: “Todos estos versos rápidos/y que casi no dicen nada/escritos sin pensar y en/un momento, en una pequeña/libreta, en la playa./Suelto el verso y traza/libre y espontáneo su camino”. Y es en esa manera de enfrentarse a la profesión de poeta y en esa espontaneidad para mantener la idea de avanzar, en solitario, por el diario de la existencia donde, sin duda, podemos ver el valor de esta obra, ya grandiosa tanto por la extensión de sus poemas y poemarios como por su afán de seguir construyendo esas ficciones líricas basadas en las realidades de la emoción y la desazón de la convivencia. Seguimos: “Olvida y llueve ceniza. En el corazón/ningún sol respira. Así el poema/continúa, y te nombre, y es/frontera de la

noche. Sólo olvida/la vida en sus espinas. No tienen rosa/que sirva para tu amor de despedida./En la frontera de la noche este poema/te dice adiós como la niebla./Y el amor es una sombra que se aleja”, donde el poeta mantiene su cercanía con los afectos al tiempo que vive en los mundos abiertos de la noche y la niebla, fórmula básica para mantener en tensión su capacidad creadora y su labor, digamos, autobiográfica. “Dios me ha dado una luz”, escribe Ramón J. Sender y Montobbio, seguramente creyente, dice “Dios me da, Dios me quita./Las palabras, los sueños, las sonrisas,/Dios es lo que el alma se figura./La vida es triste, dura. A veces/es una jaula y en su soledad terrible/tú eres la presa”, como si camino del poeta estuviera cerca de esas creencias en torno a lo divino aunque existan, o nazcan, bajo o “sobre el cielo imposible”, lo que posibilita al lector para comprender ese mundo de sueños, gramáticas o soledades que puede padecer cada día el ser humano. Y es que, con frecuencia, la existencia puede tener varias lecturas porque, dice el poeta, “el hombre es lobo. De él/me escondo”. Así que en el deambular por la ciudad y por la vida el ser humano es capaz de inventar nuevos recorridos, de admirar nuevos paisajes, de sufrir por el mismo o por distintos amores. A ello nos van llevando los versos y las prosas de Montobbio, como cuando viene a desear que “La vida sea mañana y horizonte, amor/que divisar como mar lejos, en el que naufragar/acaso, como en tu amor ha sucedido”, a lo que se unirían los versos de Adolfo Burriel Borque, poeta que obtuvo el Premio de Poesía “Ciega de Manzanares”, cuando habla de su “amor desvanecido”.

El arte, la existencia, la distancias, la soledad, el mundo de los viajes, los paisajes, los sueños, todo, forma parte de la poesía de Santiago Montobbio, tal vez por su capacidad para aglutinar los deseos y mirarse en los prologados espejos de la vida diaria o, como escribe Luis Cernuda, porque formamos parte de “El tiempo, ese blanco desierto ilimitado”. Claro que, en cualquier momento, nos es dado regresar a nuestra propia cercanía, a ese olor a dicho que rezuman algunas ventanas o, por el contrario, a los inmensos desvanes de la nada perdida. Definitivamente nos quedamos con una indicación del chileno Gonzalo Rojas: “Cumpló () con informar a usted que últimamente todo es herida”. Es herida y lamento la política, la sociedad envilecida, el universo de lo ruin, el aplastamiento de los seres indefensos por el capital glorioso, la noche cerrada a todos los caminos, los bosques en ruinas, los mares repletos de plástico, el sol oscureciéndose...

Un curioso texto escrito el 22 de octubre de 2009, y considerado poema número 881, se convierte en el alegato filosófico (casi) más interesante de todo el libro, pues va tras hablar de su relación con una artista, fotógrafa y pintora, y la apreciación que la hija de esta hace de la labor de Montobbio, pasa a considerar el valor de la literatura para esa jovencita y, de ahí, mencionar la normalidad que supone un escritor para la gente corriente, la confesión sobre la actitud ante la vida del propio poeta (“Que mi arte no interfiriera en mi vida”), al tiempo que va dilucidando su dedicación a esta labor creativa, gratuita en general y siempre honorable porque el escritor, el poeta, siempre, como decía María Kodama, refiriéndose a Borges, escribe para los demás y, con ello, está dando lugar al edificio piramidal de su propia vida. Borges que, en un relato, dice “Aquí doy término a la parte personal de mi narración”, Félix Grande, desde “Taranto” hasta “La cabellera de la Shoá”, pasando por “Blanco espirituales”, Julio Cortázar incluyendo tanto “Rayuela” como sus viajes a la isla de Solentiname con Ernesto Cardenal, Tundidor en todos sus poemas, Joyce al mostrar desde Trieste la vida de un

día de un personaje en Dublín, Darío Fo y Eugène Ionescu y Antonio Buero Vallejo y Valle Inclán en todas sus funciones, Cervantes y Lope de Vega en sus obras no hacen, como Montobbio, más que escribir su diario, hablar de su musa preferida, sin nombrarla, o dar a conocer su pasión por la escritura. Eso hace el poeta barcelonés cuando habla de Galicia, de Amsterdam, de sus viajes continuos e inolvidables a Gerona y como su padre amaba determinados rincones, de su pasión por el arte y sus desvelos por seguir escribiendo en cualquier lugar, sobre cualquier tema, como hacia el poeta extremeño Manuel Pacheco y Manuel Vázquez Montalbán que ideó una muerte en sus novelas, acaecida en Bangkok y allí mismo falleció el o el cholo César Vallejo, el de “Taranto”, prediciendo morir “En París con aguacero” o Luzmaria Jiménez Faro, la editora de Torremozas, dirigiéndose a “El ángel de la muerte” (“No puede imaginarse el equipaje/que llevo en la memoria.../Usted, ¡qué culpa tiene!”/Sólo es usted el ángel de la muerte,/y usted y yo tenemos una cita” o el Lorca de la “Canción del jinete” (“¡Ay que la muerte me espera,/antes de llegar a Córdoba!”), sólo que se equivocó de lugar, pues dejó su piso de la calle de Alcalá de Madrid para refugiarse en Granada donde le esperaban los desalmados de todas las guerras. Pero Montobbio, además, está escribiendo este largo texto para una “amada inmóvil” como el Amado Nervo que se asomaba al balcón de la calle de Bailén en Madrid para mirar hacia el oeste y llorar mientras escribía sus versos, o los Petrarca, Dante podía pensar y escribir lo mismo que nuestro poeta “la poesía ha vuelto pero al amor tú no has correspondido”. Y de esa manera va acercándose al the end de un libro amplio, exquisito, ameno, repleto de metáforas y vivencias, incardinado en la propia vitalidad del autor que, enseguida, nos regala un corto poema, como tantos otros, tal vez para desengrasar la escritura de tantas confidencias y tantas plenitudes: “El silencio. La bendición del silencio./Quiero un campo de trigo dentro del cuerpo./Para hacer un pan muy verdadero,/y como poemas extenderlo por tu recuerdo,/o el mundo entero”.

En el siguiente tomo de sus poemas/memoria ya hablará directamente a la amada efervescente, dirigiéndose a ella con “sólo poemas y palabras”, es decir con el corazón enfebrecido tal vez por la distancia, aunque posiblemente imbuido por palabras similares a dos versos de Luis Rosales: “Ya el tiempo es solo el espejo/donde te sueño...”. Sin embargo, por ahora queda, nada más y nada menos, el tesoro de la memoria hecha poesía y con ella la disección de un mundo donde, pese a todo, la vida fue, está siendo, “Fuego, rayo, temblor y abismo”. Y seguirá siéndolo para Santiago Montobbio y para quienes se acerquen a su poesía, a sus libros, a su propia biografía. No olvidemos que a pesar de todo, ya escribió el malagueño con mala salud de hierro Vicente Aleixandre “El mundo encierra la verdad de la vida”.

“La libertad y el mar es una música”, con poemas de Santiago Montobbio, música de Ofilio Picón y un interesante elenco de intérpretes, arreglos de Raúl Martínez Salas y Francisco Cedeño, que también llevó a cabo la grabación y mezcla, masterización de Freddy Englehart y dirección musical de los citados Raúl Martínez Salas y Francisco Cedeño es un muy agradable C.D. grabado entre noviembre de 2013 y diciembre de 2014 que el propio Carlos García Godoy recibió como “un abrazo solidario de Cataluña y Nicaragua” y del que F. J. Sancho Mas ha escrito: “La fluidez de los versos de Santiago invitaba a la música. Pero se necesitaba el músico-poeta Ofilio Picón para hacerlos volar como ahora, aquí mismo, en esa forma de lectura y vida que es la música”. Poemas como “El anarquista de las bengalas”, “El día perdido bajo el sueño”,

“Hospital de inocentes”, “Cercos”, “De amor” o “Roto de alma y olvido” (“El verso es rostro/y es dibujo/en el que la música camina...”) y así hasta 12 temas y más de 40 minutos de excelentes canciones donde animadas melodías nos trasladan a la más bulliciosa y lírica Centroamérica gracias a unos versos de delicada inspiración.

Otros libros de versos, editados hasta finales del año 2018, además de su cotidiana labor de profesor, conferenciante y creador diverso siguen enriqueciendo la bibliografía de Santiago Montobbio de Balanzó, como son “La lucidez del alba desvelada” (Febrero de 2017), “La antigua luz de la poesía” (Octubre de 2017) y “Poesía en Roma” (Junio de 2018), seguramente preludio de nuevas e inspiradas obras poéticas, siempre bien recibidas por quienes ven en el universo lírico un espacio abierto a todas las fantasías y un escaparate de la supervivencia literaria de su autor.

El viento azota los deshojados álamos, se anuncian nevadas en el norte, los jóvenes izquierdistas andan peleándose, los enamorados viven su noche íntimamente, las acciones de Airbus se han incrementado en un 1,70% y los poetas noctámbulos continúan escribiendo sus sonetos. Y, enseguida, amanece.

(Manuel Quiroga Clérigo)

Majadahonda, 29 de Enero de 2019.

quirogaclerigom@gmail.com